

Radiografía de la corrupción



EL ÚNICO LIBRO que publicó Constanza de la Mora (Madrid, 1906 - Guatemala, 1950) quizá sea, junto a la *Vida de Santa Teresa* y *Vida secreta de Salvador Dalí*, la autobiografía más traducida escrita por un español. La historia que cuenta la autora, usando una prosa funcional, es la de una rebelión casi permanente. De la Mora, hija de la altísima burguesía madrileña, fue educada como una niña pero que muy bien con la idea de convertirla en un lujoso florero cuyo destino debería haber sido hablar poco, trabajar menos y acertar en la elección de un marido. En otras palabras, estaba decidido que sería una perfecta casada sin más, pero ella eligió el camino difícil: se rebeló contra la hipocresía instalada en su familia y entre las gentes de su clase social para poder decidir por sí sola su proyecto vital. Cuando a principios de 1931 le confesó a una amiga que era republicana, como relata en una reveladora escena, ésta le anunció que «nuestra amistad se ha acabado para siempre».

La primera edición de este valioso testimonio vio la luz en inglés el año 1939 en Nueva York, y en España no pudo circular hasta que la editorial Crítica lo publicó tras la muerte de Franco. Impensable que la censura lo hubiera autorizado. *Doble esplendor* está dividido en cuatro partes (más un epílogo), pero la última –titulada «Es mejor ser viudas de héroes que esposas de cobardes» y dedicada a recordar los avatares de la Guerra Civil– ocupa la mitad del libro y es la más politizada y también la literariamente más endeble del conjunto. La propaganda va ocupando espacio y la militancia ciega la lucidez de la autobiografía. En esta parte domina una «visión acrítica, de propaganda y propagación de la fe comunista», como señala Jorge Semprún –primo carnal de la autora– en una breve nota de presentación.

Las primeras trescientas páginas son las mejores de estos minuciosos recuerdos. Lo ideológico distorsiona la mirada sobre el pasado, pero la narradora sabe transformar con verosimilitud la propia experiencia en una

denuncia implacable contra la corrupción moral de su mundo (la madre, Constanca Maura, es retratada como un auténtico antimodelo). La aceptación del fracaso de su primer matrimonio marca, en este sentido, un punto de inflexión clave:

La idea del deber que yo me había forjado se evaporaba de mi mente y en su lugar quedaba solamente otra clara y firme: había decidido liberarme de aquel peso muerto.

La crónica de cómo siguió la aprobación de la ley del divorcio es vibrante, pero aún lo es más

el capítulo en el que la protagonista comunica a su padre la firme decisión de divorciarse. Este pasaje, escrito con dotes de astuto novelista, es sin duda uno de los más emocionantes del memorialismo español.

Jordi Amat

Nota

^oPublicado en «Libros» de *El Periódico*, 5 de mayo de 2005.

